

## GUY DE MAUPASSANT

Los que tuvieron la gran fortuna de conocer a Gustave Flaubert se complacían en contar en que modo el gran novelista realizaba en toda su persona – gestos e inflexiones de voz, mirada perdida y golpes de melena – su suprema obra de luz y de dolor.

De igual modo, la primera vez que vi a Guy de Maupassant, me dediqué a descubrir en su rostro el indicio de la parte vivida de sus libros. Sobre todo la mirada me pareció llena de misteriosas significaciones, clara y fija sobre uno con una curiosidad obstinada, mirada de observador sutil, siempre alerta, experto en discernir los invisibles aspectos de los seres y de las cosas. También se encontraba allí la llama sorda de la obstinación segura de sí misma, de una voluntad controlada, con un bello estallido de viril franqueza. Y siéndome permitido ir más allá, por un exceso de sensibilidad, me sorprendió la ligereza de su voz, ligera y profunda en conjunto, como de una angustia velada, y revistiendo de encanto las más ínfimas palabras. Eso me hizo volver a leer mejor sus novelas y cuentos, apareciéndoseme entonces todos bajo un aspecto totalmente nuevo, penetrado como estaba de la exquisita impresión que conservaba de mi visita al maestro. Otra luz iluminaba esas páginas: allí se sentía vibrar el alma de alguien que había sufrido, la eterna gran Alma dolorosa de los poetas. Sin embargo era la ineluctable miseria, la pobreza de las esperanzas y ambiciones, la ridícula burla de los amores y sueños, la fealdad de las miserias modernas que hielan la sangre, y la todopoderosa acometida de las pasiones donde se consumen las voluntades y las fuerzas. Una intensidad prodigiosa de vida inflaba las palabras y las frases, un amplio flujo de savia parecía discurrir entre las líneas muertas, palpitaba y se animaba. Y algunos fragmentos de la obra me entusiasmaron, bellos paisajes sugeridos, tranquilos y muy bien soñados en su bella poesía, lugares de dulce sombra tamizada de tristes claridades, lugares donde el corazón de los pobres fanticos humanos vivía y sufría realmente.

Todo eso sinceramente pensado y plasmado en esta admirable lengua tan leal y tan sencilla, sin subterfugios ni florituras, y por la única magia de un talento superior, ante quien por fin todos se inclinan hoy.

Cuando se examina atentamente y con imparcialidad la obra en conjunto de Guy de Maupassant, nos vemos afectados del sentido profundo que de ella emana: inanidad del esfuerzo, ridículo de la pasión, sentido ciego y cruel que da a sus libros a pesar de su aire envarado y su aparente superficialidad (resultando únicamente del procedimiento de una puesta a punto), ese color de amargura y nada. El gran Pensamiento negro es el soberano de su imaginación y sus sentidos, y los personajes que crea, inconscientemente subsisten en él y lo describen; se debaten bajo la garra inexorable, al principio luchando, locos de esperanza de victoria y pronto derrotados por la vida, la Vida indomable y maldita. Y son seres vivos que gozan y sufren en los que se exalta la carne y el alma, seres vivos, hombres al fin y al cabo, todos nosotros a los que devora el deseo de las quimeras imposibles – amor, fortuna o gloria – cada uno a su manera, según su carne y su alma.

Me parece que con frecuencia los críticos oficiales (no hay otros que sean escuchados), basándose siempre en puras cuestiones formales de tipo artístico, siempre desdeñables desde mi punto de vista, y donde se extravían, pronunciaron con respecto a Guy de Maupassant la palabra *naturalismo*, palabra vacía de significación donde las haya. Se cometió el error de querer clasificar el arte como la ciencia. ¿Existen categorías estéticas, excepción hecha por espíritus estrechos y sin personalidad? Sí fuese así ¿cómo se etiquetaría al Balzac que escribió *la Cousine Bette* y *Séraphitus, le Père Goriot* y

*Louis Lambert?* Gustave Flaubert, a quien alegremente se le concedía el título del padre del naturalismo, concibió *la Tentation de Saint-Antoine*, mientras trabajaba en su *Bovary*. «La primera cualidad del arte y su objetivo es la *ilusión*, escribe en una de sus cartas.» Si fuese así ¿dónde catalogaríamos *l'Education sentimentale*? Disputa de palabras, no de ideas, que proviene únicamente de la incompetencia del público, más que del partido tomado, diría incluso que de la deslealtad de la crítica. Respecto a todo ello, me parece que Guy de Maupassant ha dicho la última palabra en su prólogo de *Pierre et Jean*.

«Así pues, después de las escuelas literarias que han querido darnos una visión deformada, sobrehumana, poética, enternecedora, encantadora o soberbia de la vida, ha venido una escuela realista del naturalismo que ha pretendido mostrarnos la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

« Hay que admitir con igual interés estas teorías de arte tan diferentes y juzgar las obras que producen, únicamente desde el punto de vista de su valor artístico, aceptando a priori las ideas generales de donde han surgido.

«Cuestionar el derecho de un escritor a realizar una obra poética o una obra realista, es querer obligarlo a modificar su temperamento, recusar su originalidad, no permitirle servirse de la mirada y de la inteligencia que la naturaleza le ha concedido.»

Y más adelante, completando y desarrollando esta frase de Flaubert que yo citaba antes, el Sr. de Maupassant concluye: « Los realistas de talento deberían llamarse ilusionistas.»

«Además, ¡que ingenuidad creer en la realidad!, toda vez que cada uno de nosotros llevamos la nuestra en nuestro pensamiento y en nuestros órganos... ¡ilusión por lo bello, que es una convención humana! ¡ilusión por lo feo, que es una opinión cambiante! ¡ilusión de lo real, nunca inmutable! ¡ilusión de lo innoble, que atrae a tantos seres! Los grandes artistas son aquellos que imponen a la humanidad su ilusión particular.»

A continuación compara las diversas teorías de donde nacen las obras modernas, y escribe en relación con los objetivitas:

«Para ellos, la psicología debe estar oculta en el libro como está oculta en la realidad bajo los hechos de la existencia.»

El novelista se preocupará pues de buscar y elegir entre las mil acciones o gestos que puede hacer un personaje en tal o cual situación, la acción o el gesto que mejor pueda convenirle y del que solo ese personaje es capaz. ¿Se desprende de esto que los novelistas objetivitas deben olvidar el estudio de las almas? En absoluto.

«Ellos ocultan la psicología en lugar de mostrarla, hacen la carcasa de la obra, como la osamenta invisible es la carcasa del cuerpo humano. El pintor que hace nuestro retrato no muestra nuestro esqueleto.»

Ese es el procedimiento de Guy de Maupassant, procedimiento que muchas personas sin duda rechazarán pues no han parecido, a pesar de tanta franqueza y claras declaraciones, comprender en absoluto el objetivo secreto de su obra. ¿Qué es su obra sino la de un psicólogo, de uno de los más hábiles y más penetrantes novelistas del alma de estos tiempos?

Incuestionable, incluso desde el principio, esta tendencia se manifiesta menos en sus primeros libros: *Boule de suif*, *la Maison Tellier*, *Mademoiselle Fifi*, donde, aunque ya de gran maestría, el novelista parece todavía preocupado por la forma, y donde, algunas veces demasiado preocupado de la exterioridad de su obra, da la impresión de no estarlo también más que de la exterioridad de las cosas. Sin embargo se encuentran en esas obras bellas y amplias páginas, de una nueva visión, con impulsos, piedades, y grandes arranques de elocuencia.

Algunas piezas de *Des Vers* tienen esta ligereza y sabrosa forma. Un alma curiosa de poeta ya se revelaba allí, prendada de ideas y sentimientos armoniosos, atreviéndose a poderosas audacias de técnica en esa maquinaria demasiado encorsetada del viejo alejandrino. Recuerdo con goce el sueño que nos evocaba su *Vénus rustique*, una visión de naturaleza feliz, de sana belleza, de carne fecunda...

*Los hombres de la región morían por complacerla;  
Y viéndola venir, corrían delante  
Ella reía, sintiendo el ardor de sus pupilas;  
Luego pasaba su camino tranquila y levantando,  
Las pasiones carnales al vuelo de sus faldas.  
...  
Y se decía que el que tocase  
Su mano, le quedaba de por vida conquistado.*

Era la Diosa triunfante, el Cuerpo de deseo y de locura por el que viven y mueren los hombres...

*Por los caminos de los bosques, por los horadados barrancos  
Donde la empujaba, por la noche, un instinto atrevido,  
Su pie parecía trazar senderos amorosos;  
Y sus amantes luchaban tan pronto eran dos.  
Ella se abandonaba sin resistencia, nacida  
Para esa obra carnal, y de día o de noche,  
Sin jamás un suspiro de alegría o aburrimiento,  
Aceptaba los besos como una destinada.*

*Le Mur, Au Bord de l'eau, Fin d'amour*, tenían esta misma apasionada amplitud, esta misma penetrante música. ¿Quién no recuerda el exquisito poema dialogado, *Histoire du Vieux temps*?

En *Une Vie* se acentúa la orientación psicológica. «La humilde verdad», había inscrito Maupassant como subtítulo. Y no sé de libro más poderoso que este, y que produce más la náusea de vivir. Es la historia real de las lágrimas y del sacrificio, la historia de toda una existencia de devoción, de abnegación sumisa y generosa. Hay allí páginas de una crueldad de análisis, de un salvaje poderío de descripción que nos hace pensar (y esta semejanza se hace sensible sobre todo en muchos de los relatos de Maupassant) en los novelistas rusos, en Dostoyevsky principalmente. Me parece encontrar allí la misma visión exacerbada, perdidamente empujada hacia lo negro, y siempre simple sin embargo y grande, sin manierismo, como en *La Casa de los muertos*. Es que entre el alma eslava y el alma francesa modernas existen unas misteriosas afinidades, la angustia que nos alcanza a todos, agotados ante lo desconocido, ante el rojo horizonte de miseria y de la nada, que nos hace recitar este verso de Baudelaire...

*¡Es la muerte que consuela por desgracia y quien hace vivir!...*

*Bel Ami* es un maravilloso esfuerzo en otro orden de ideas, concepción y procedimientos que yo denominaría *el impresionismo del corazón humano*. De toque ligero y seguro, de intensa y numerosa documentación, de color encantador, exacto y fino, al margen de cualquier exageración, *Bel Ami* era el poema de toda una sociedad, la creación de una especie de humanidad nueva. Por la obra discurren todas unas fisonomías extrañas, apenas entrevistas antes, divertidas comparsas, bien caracterizadas

e inquietas, extraños personajes a los que corroe una neurosis anímica corrompidos por las crueldades del día a día. Y también raras elegancias, pinceladas de existencia mundana, escenas de las modas asombrosamente sobrecogedoras de expresión y movimiento. Los héroes acababan de nacer bajo la pluma de Maupassant: le mujercita de ayer y de mañana, festiva, perversa, un poco chiquilla y tonta pero tan hermosamente sentimental; el seductor Don Juan que vive no se sabe como, enamorado por temperamento y profesión; y esos perfiles de mujeres sensuales y todas locas colgándose del orgulloso bigote de Bel Ami y preparando sus triunfos. Y sobre todo ese libro, un bonito soplido de ironía discreta, una encantadora crueldad de análisis, un alegre escepticismo sin explosión y sin poso y cuya sonrisa obligada hace daño algunas veces.

Después de *Bel Ami*, *Mont-Oriol* produce el efecto de una obra tierna y paciente donde persiste sin embargo la seguridad del maestro, pero cansado por así decirlo y como intentando buscar un camino nuevo.

Transcurrieron dos años, y el autor de *Bel Ami* triunfaba de nuevo con *Pierre et Jean*. Los fragmentos que citaba anteriormente del prólogo de este libro me parecen mostrar suficientemente sobre que teorías artísticas se apoyó Maupassant para escribirlo. *Pierre et Jean* es la primera etapa de la evolución definitiva de Maupassant hacia un formato psicológico más evidente. Los personajes están concebidos de otra manera, puestos en escena de otro modo, actuando en forma diferente, en posesión de un organismo cerebral menos rudimentario, viviendo una vida moral más intensa y delicada. Están dotados de una sensibilidad infinitamente más compleja, de un sistema nervioso capaz de las más finas y sutiles reacciones; ¿y aún así no dejan de parecerse a nosotros, – a usted y a mi – a todos los miserables peleles que somos? Es por esto por lo que nos apasionamos con los sufrimientos de Pierre, por el martirio de esa alma siempre sangrante, enloquecida por la eterna tortura del análisis, sin cesar recogida sobre si misma, tratando de buscar hasta en los rincones más secretos de su yo los aspectos malvados, los repliegues inconfesables siempre nuevos y diversos a fin de tener motivos para sufrir. Los hechos menudos de la existencia, las naderías de la vida cotidiana, constituyen para Pierre, cuando no compatibilizan con su estado anímico momentáneo, un auténtico suplico en el que casi va a encontrarse feliz, donde se complace de buen grado, a pesar de esa voluntad de hombre inteligente que ha estudiado y leído, y que no ignora en absoluto el sentido de las cosas.

Y que hermosa y gran figura la de la Sra. Roland, pobre madre admirable y martirizada por ese amor lejano que fue la luz en su oscura vida. Y como la seguimos con ternura a lo largo de todo ese calvario a la que la somete su hijo, despiadadamente, al igual que un justiciero. Ni un lamento sube a sus labios; se somete resignada, ocultando sus lágrimas, sin un grito de odio o de rechazo, hasta el día en el que sintiendo para siempre arrojada del corazón de su hijo, se retuerce de dolor a sus pies, implorando sino el perdón, al menos un poco de piedad. Fisonomía sublime de la maternidad culpable en la que no se encuentra semejanza alguna excepto en las grandes obras clásicas, al lado de las cuales *Pierre et Jean* tendrá un lugar cuando, al margen de cuestiones de escuelas y personalidades, llegue la hora de elegir para pasar a la posteridad.

Al principio de estas notas hablaba del alma de Guy de Maupassant. Dispersa por todos sus libros, solamente se ha abierto una vez y según parece completamente con sus inquietudes, sus desprecios y sus bondades, y quizá hasta su miseria, en un libro que es casi un diario: *Sur l'Eau*.

Libro exquisito donde los haya, variado y profundo de colorido y pensamiento y que rememora los horizontes ante los cuales ha sido vivido; libro raro que tiene todo el encanto y toda la sutileza de un poema íntimo, con desarrollos de sueños cayendo como copos de nieve en ese azul del cielo mediterráneo como un vuelo de ángeles tristes; siempre rítmico, con esa gran melancolía serena y casi dichosa de las soledades y del mar, semejante a aquella que nos invade a las rodillas de la amada y anega los ojos en lágrimas,... pues uno se siente tan solo junto a ella, pensado en que jamás sabrá su pensamiento, que no penetrará nunca en su corazón, y que, por haber poseído su cuerpo quizá se posea todavía menos su alma.

Para los espíritus elevados, para los seres refinados y artistas, la contemplación de la naturaleza, la amplitud de la vida y el aislamiento, siempre despiertan un sentimiento de miseria infinita, la constatación de la inanidad de nuestros esfuerzos y de la impotencia de nuestras voluntades; poco a poco todo eso se convierte en un desprecio por la humanidad que nos rodea, inútil y plana, por esa humanidad estúpida que no vive más que de convenciones, esclava de la moda y de las opiniones de cada uno, capaz de todas las bajezas y de todas las cobardías; y para el intelectual, ese desprecio pronto se transforma en odio.

«Hay que ser ciego y estar henchido de un orgullo estúpido para creerse otra cosa que una bestia apenas superior a las demás. ¡Escuchad a esos miserables sentados alrededor de la mesa! ¡Conversan! Hablan con ingenuidad, con confianza, con dulzura, y llaman a eso intercambiar ideas. ¿Qué ideas?... Me parece que veo en ellos el horror de sus almas como se ve un feto monstruoso en un tarro de formol. Asisto a la lenta eclosión de los lugares ordinarios en los que siempre residen, siento caer las palabras desde ese granero de tonterías en sus bocas de imbéciles y en el aire inerte que las transporta a mis oídos.

«Pero sus ideas, sus ideas más elevadas, las más solemnes, las más respetadas, ¿acaso no son la prueba irrefutable de la eterna, universal, indestructible y omnipotente estupidez?»

Tras haberse hundido ampliamente en el fecundo silencio de las cosas, así como en un sueño búdico, es necesario regresar a la vida humana, ruidosa y estéril, regresar para ocupar su lugar en el rebaño de los hombres, frecuentar su estupidez y su brutalidad.

Entonces una náusea se apodera de uno ante los sueños vulgares que ellos persiguen, ante sus mezquinas ambiciones, ante su ineludible tontería, tontería de corazón y de espíritu, tontería de palabra y de gesto, eternamente la misma, irremisiblemente uniforme, de esa uniformidad «que no es otra cosa que la muerte», decía Benjamin Constante. Se atraviesan calles de necrópolis, poblaciones de cadáveres. Cadáveres, los que viven sin creencias, sin esperanza de un más allá, sin una llama de arte o de amor que ilumine sus vidas; cadáveres, los que no se sacrifican más que al *Oro* y a la *Gula*; cadáveres corroídos por el cáncer moral, más odioso que el cáncer real; cadáveres a los que ninguna trompeta angelical resucitará de su podredumbre...

Y uno permanece solo en el mundo, en el gran desierto poblado del mundo, solo, solo con su conciencia y su alma, escuchándose a sí mismo siempre, con esa lacerante miseria de sentirse solo llorando y sufriendo innumerables penas de las que se reiría la maldita muchedumbre...

«Apenas acostado, sentí que no dormiría y permanecí tumbado de espaldas, con los ojos cerrados, el pensamiento alerta, los nervios vibrantes... De repente algo chirrió. ¿Qué? No lo sé, una polea en la madera, sin duda; pero el tono tan suave, tan doloroso, con tanto lamento de ese ruido hizo estremecer toda mi carne; luego nada, un silencio infinito yendo de la tierra a las estrellas; nada, ni un soplo de viento, ni un burbujeo en

el agua ni una vibración del barco, nada; Luego, de repente el desconocido y agudo gemido se reprodujo. Al oírlo me pareció que una cuchilla mellada serraba mi corazón. Como algunos ruidos, algunas notas, algunas voces nos desgarran, nos arrojan en el alma todo lo que pueden contener de dolor, de locura y de angustia... ¿Qué era eso? Era la voz que grita sin fin en nuestra alma y que nos reprocha de un modo continuo, oscuramente y dolorosamente, torturante, lacerante, desconocida, inagotable, inolvidable, feroz, que nos reprocha todo lo que hemos hecho y al mismo tiempo todo lo hemos omitido, la voz de los remordimientos, de los lamentos sin remedio, de los días pasados, de las mujeres que quizá nos hubiesen amado, de lo desaparecido, de los goces vanos, de las esperanzas muertas; la voz de lo que pasa, de lo que huye, de lo que engaña, de lo que desaparece, de lo que no hemos alcanzado, de lo que no alcanzaremos nunca, la débil vocecilla que proclama el aborto de la vida, la inutilidad del esfuerzo, la impotencia del espíritu y la debilidad de la carne.»

¿No es todo esto de un irresistible encanto, encanto doloroso y cruel, pero cuya impresión permanece indeleble?...

«¡Ah! He frecuentado todo sin gozar de nada. Hubiese necesitado la vitalidad de toda una raza, la inteligencia diversa repartida sobre todos los seres, todas las facultades, todas las fuerzas, y mil existencias en reserva, pues llevo en mí todos los apetitos y todas las curiosidades, y estoy reducido a mirar todo sin percatarme de nada.

«¿Por qué entonces este sufrimiento de vivir, cuando la mayoría de los hombres no experimentan más que satisfacción? ¿Por qué esta tortura desconocida que me corroe? ¿Por qué no conocer la realidad de los placeres, de las ambiciones y de las alegrías?

«Es que llevo en mí esta segunda vista que es al mismo tiempo toda la fuerza y toda la miseria de los escritores. Escribo porque comprendo, y sufro por todo lo que existe porque lo conozco demasiado y sobre todo porque, sin poder degustarlo, lo miro en mí mismo, en el espejo de mi pensamiento.»

Si he insistido tanto sobre este libro que es el único, entre todos los que conforman la considerable obra del maestro, que me parece contener más de su propio espíritu y de su alma, ante todo espíritu claro y franco, amplio y sólido, exento de las mezquindades ordinarias, enemigo de todos los odiosos compromisos que necesita la vida literaria moderna, alma delicada y vibrante, que se adivina sin secretos, alma altiva de hombre y de artista con el que uno se siente feliz de haber penetrado lo desconocido en su abandono discreto y encantador.

¿Qué es todo esto sino pura psicología, una esmerada y constante penetración del corazón humano por el cerebro? Me parece que uno está lejos aquí de las fórmulas y de los modos naturalistas. Y además, el nuevo estilo de Maupassant se manifiesta cada vez más como decisivo. Esta permitido decir que es definitivamente la vía en la que concebirá y escribirá sus próximas novelas. *Fort comme la mort* denota una búsqueda más acentuada de particularidades sentimentales y pasionales, a pesar del voluntario eclipsamiento de los personajes en el drama moral donde no son más que sensibilidades en permanente vigilia, vibrantes organismos, complejos sistemas nerviosos. El estudio de los caracteres propiamente dichos está relegado a un segundo plano. *Fort comme la mort*, es la novela de los amantes que envejecen: la Sra. De Builleroy y el pintor Olivier Bertin no son más que insignificantes personalidades sometidas a un destino, o si se quiere, inteligentes actores en perfecta posesión de su rol. Y se realiza plenamente, sin debilidad, una prodigiosa hazaña en ese libro lleno de medias tintas, repleto de matices y cuya trama sin embargo es sólida y cuya verdad incluso es intensa. ¡Y qué magistral seguridad de ejecución, y qué ligereza de toque y que profunda emoción contenida, y qué cruel belleza de sufrimiento tranquilo! Una vez cerrado el libro, ¿no es cómo se

experimenta el vacío de todo en torno a sí, de todo lo que fue o será, de los recuerdos y de las esperanzas, de ese ayer de oscuro lamento, de ese mañana que da miedo y que se le desea y no es más que poner en guardia los nervios y en el alma un poco de su gris melancolía tan dolorosa algo así como un vago halo de perfume fúnebre?

¿Cómo será el próximo libro? *Notre Coeur*: la historia de la mujer moderna, no la de ayer, sino la de hoy; pues Guy de Maupassant piensa que en periodos de veinte o treinta años la fisonomía de la mujer se modifica de tal modo que las monografías de la víspera case parecen pasadas de moda. El tema de *Notre Coeur* es el siguiente: como la mujer mundana, nacida y educada entre excesivos refinamientos y elegancias contemporáneas, – ese ser lujoso y fútil, cuyo misterio nos enloquece, cerca de quien nos sentimos como perdidos, – es incapaz, quiera o no quiera, de darnos esa felicidad en cuya persecución agotamos las fuerzas vivas de nuestro corazón y de nuestro cuerpo; eso, porque sus sentidos caprichosos y locos no sabrían siquiera alzarse hasta el vicio; porque su cerebro, impersonalizado por la lectura de obras modernas, no podría incluso tener la voluntad de una pasión; porque la falsedad de los sentimientos y de las pasiones ambientales sustrae a su alma el poder de un impulso o de una sinceridad; porque ella no es, al fin y al cabo, más que una figura de porcelana, un juguete de elegancia y de lujo ante el que eternamente nosotros torcemos los brazos.

Allí, aún, una vez más, Guy de Maupassant nos mostrará el exquisito y poderoso bullicio de humanidad que el sabe tan bien poner en escena; y para nosotros será una nueva satisfacción saludar en él a uno de los maestros de la literatura contemporánea, e inclinarnos ante el bello ejemplo de dignidad literaria y de probidad artística que nos entrega en estos tiempos de payasadas y charlatanería.

GABRIEL MOUREY

Publicado en *La Grande Revue* el 10 de febrero de 1890.

Traducción de José Manuel Ramos González  
Para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>